

# SOBRE LAS REVOLUCIONES

Víctor M. González  
Esparza

*Departamento de Historia  
Universidad Autónoma de Aguascalientes*

Las interpretaciones sobre las revoluciones han estado permeadas en la última generación de historiadores, profesionales y aficionados, por el desencanto finisecular, particularmente por la crítica a las ortodoxias, pero también por la crítica a la idea de la posibilidad del cambio. Este desencanto finisecular estuvo relacionado con la crítica de los “metarrelatos” propia del posmodernismo y, sobre todo, con la crítica de visiones ortodoxas de ascendencia marxista dada la caída del muro de Berlín y de la Unión Soviética. Así, la idea de la Revolución al identificarse sólo con la violencia, terminó por simplificarse, y a la violencia misma se le descontextualizó (sin entrar en la polémica de si existe o no una violencia revolucionaria, es decir, positiva, y otra contra-revolucionaria). Las revoluciones ciertamente no son fenómenos naturales a los cuales están sujetas como en un destino fatal algunas sociedades, ni la violencia que les acompaña es inevitablemente su característica. Una revolución no puede ser separada de un



periodo específico en el que ocurre,<sup>1</sup> por lo que todas las discusiones sobre la inevitabilidad o no de una revolución parecen inadecuadas en términos historiográficos.

Por otra parte, cabe señalar que el grado de ortodoxia en la historia oficial de las revoluciones ha sido determinante para la reacción revisionista. El revisionismo, por ejemplo en el caso ruso, se ha presentado de manera mucho más dramática. La ortodoxia marxista-leninista-stalinista fue ciertamente la otra cara de la moneda a partir de la cual la Revolución de Octubre fue, de acuerdo con este discurso, “el inevitable clímax de un proceso de desarrollo histórico gobernado por leyes científicas, fuerzas económicas inevitables y por la dinámica de la lucha de clases, y en donde la clase trabajadora rusa fue llevada a la victoria por el Partido Bolchevique bajo el liderazgo de Lenin”<sup>2</sup>

Esta ortodoxia condenó cualquier otra interpretación y fue desde luego utilizada para legitimar el papel monopólico del partido comunista de la Unión Soviética, de tal manera que con el fin de la URSS en 1991, los académicos rusos y del mundo occidental se han dedicado a reexaminar la experiencia revolucionaria desde diferentes perspectivas. Sobre todo, el revisionismo ha partido del análisis de la Revolución

“desde arriba”, es decir de los líderes sin considerar o entender el papel de los trabajadores, campesinos, soldados, mujeres, etc. de Rusia, hasta el extremo de explicar la Revolución de Octubre por un complot judío o francmasónico. En un caso sin duda extremo, un reciente comentarista ha descrito a Lenin como un “psicópata criminal de mínima inteligencia...”<sup>3</sup> Con el fin de la ortodoxia hacia los años ochenta del siglo pasado, la nostalgia por los símbolos del orden político prerevolucionario comenzó a permear la vida cotidiana (el cambio de Leningrado a San Petesburgo en 1991 es un ejemplo), o a fomentar el renacimiento de los romanos y la monarquía (vgr: la canonización por la Iglesia Ortodoxa del último zar en el año 2000, de tal manera que el “sanguinario Nicolás” ahora pasó a “San Nicolás”). En palabras del historiador V. P. Buldakov, que expresan muy claramente lo que representa este cambio para los historiadores: “la escritura de la historia rusa, muy acostumbrada al papel directriz del Estado, ahora pareciera una prostituta caminando por la las calles del pluralismo político”<sup>4</sup>

Así pues, la historiografía de la Revolución de Octubre ha padecido las pugnas de una sociedad dividida, lo cual se manifiesta en el mundo intelectual con una

1 Eric Hobsbawm, “Revolution” en *Revolution in History*, Cambridge University Press, 1986, pp. 5-46.

2 Alan Wood, *The Origins of the Russian Revolution, 1861-1917*, Routledge, 3a ed., 2003, pp. 64-66.

3 Alan Wood, *Op. cit.*

4 Alan Wood, *Op. cit.*

gran claridad. En el caso mexicano, “revolucionismo y revisionismo” han marcado los principales debates historiográficos de la última generación de historiadores. De tal magnitud ha sido el debate que ha terminado por representar la forma polarizada en que recuperamos nuestra memoria, convirtiendo la historia y los festejos del Centenario y del Bicentenario más en un debate ideológico o partidista que propiamente historiográfico; o mejor, la polarización y partidización de los debates sobre nuestra memoria, si bien son indicios de una división mayor de la sociedad y en particular del mundo intelectual mexicanos, no necesariamente ha hecho posible un diálogo historiográfico en el que las viejas divisiones puedan superarse.

Ello tiene que ver con el lugar de la memoria que cada país le atribuye a las diferentes etapas de su historia, es decir, a la construcción de las identidades nacionales y, como consecuencia, de los diferentes tipos de memoria que coexisten: una memoria ideológica que impide los recuerdos más contradictorios, propia por ejemplo de las ortodoxias nacionalistas, y una memoria que se nutre de la posibilidad de que la historia está llena de contradicciones y, más aún, de que el cambio y la continuidad son posibles en un proceso de larga duración, y de que en todo caso la historia como escritura es una disciplina que necesita de contextos.

La polémica entre “revisionistas y revolucionistas” desde luego que ha tenido

su expresión en la historiografía mexicana.<sup>5</sup> Curiosamente, ha sido una polémica originalmente entre extranjeros,<sup>6</sup> sin embargo, al igual que en el caso francés, las partes han revelado una fractura en la sociedad mexicana que se pensaba enterrada, pero que se ha expresado nuevamente entre una tradición liberal-revolucionaria y el conservadurismo de tradición católica. Para no repetir hasta el cansancio los argumentos, quien mejor ha sintetizado y organizado la polémica es Alan Knight.<sup>7</sup>

Lo importante a destacar aquí es que el revisionismo se transformó sin sentirlo en la nueva ortodoxia, cubierta de todos los

5 Gilbert M. Joseph, y Daniel Nugent, *Everyday forms of State Formation, Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Duke University Press, 1994.

6 Vgr. Guerra y Knight en la polémica iniciada en: *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations*, 38e année, No. 2, mars-avril 1983, pp. 449-469.

7 Alan Knight, “Interpretaciones recientes de la Revolución mexicana” en *Secuencia* No.13, enero-abril de 1989, “The Mexican Revolution: Bourgeois? Nationalist? Or just a ‘Great Rebellion?’” en *Bulletin of Latin American Research*, Vol.4, No. 2, 1985, pp. 1-37; y en numerosos trabajos que aún esperan una edición en español: vgr. “Land and Society in Revolutionary Mexico: The Destruction of the Great Haciendas” *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Vol.7, No.1, Winter 1991, pp. 73-104; “Historical Continuity in Social Movements” en *Popular Movements and Political Change in Mexico* edited by Joe Foeraker & Ann L. Craig, The Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1990; en perspectiva amplia “The Peculiarities of Mexican History: Mexico Compared to Latin America, 1821-1992” *Journal of Latin American Studies*, Vol.24 Quincentenary Supplement, 1992, pp.99-144, y desde luego su obra mayor *The Mexican Revolution*, T.I y II, Cambridge Univ. Press, 1986, recientemente publicada en una edición revisada por el autor en Fondo de Cultura Económica.



logros académicos y de las perspectivas de moda; de ahí que los trabajos irónicos de Knight cayeran como un balde de agua fría entre los formales historiadores mexicanos más inclinados al revisionismo francés. De hecho, fue acusado de proponer un retroceso a una supuesta vieja ortodoxia revolucionaria,<sup>8</sup> descartándose así prácticamente la revisión del revisionismo.

No obstante, las polémicas reflejan algo más que diferencias personales o de interpretación; descubren a final de cuentas las raíces de divisiones aún no resueltas entre la sociedad mexicana y que aspiran a un nuevo acuerdo político o bien a formas de expresión propias de la democracia. Por ello, el intentar superar la vieja polémica quizá también pueda significar el inicio de los nuevos acuerdos sociales y políticos que tanto requiere en estos momentos el país. Porque la historiografía es algo más que un recuento de personajes e ideas, simboliza a final de cuentas la manera en que se enfrentan diferentes proyectos en búsqueda de nuevas identidades, es decir, de formas de recuperar la memoria. Por ello, la historia no es inofensiva ni puede permanecer enmarcada en los límites de un positivismo revisionista que no se atreve a decir su nombre.

Al final de su breve pero excelente libro sobre *La Revolución Rusa*, Christopher Hill sintetizó en una frase lo que le parecía la mejor manera de expresar el significado de la revolución:

Había excitación general (comentó un hombre sencillo convertido en comisario soviético que estaba lejos de ser bolchevique). Todo el mundo hablaba y pude observar que pensaban que algo nuevo había sucedido, a partir de lo cual iban a vivir mejor.<sup>9</sup>

El fin de las utopías, es decir, la posibilidad de pensar el futuro a partir de cambios realizados por la sociedad que a final de cuentas pueden ser para “vivir mejor” es parte del “espíritu” o de lo que Lyotard, el teórico del posmodernismo, llamó “estado de ánimo” o “estado mental” de la sociedad contemporánea. En términos culturales, el posmodernismo combatió a los grandes relatos, pero al mismo tiempo canceló la posibilidad de discutir el futuro fomentando una “nostalgia de las ruinas”. El elogio de la sociedad del hiperconsumo (a través de diluir las fronteras entre las culturas) y del relativismo presentado como multiculturalismo, así como el olvido de las luchas del pueblo por su libertad, como se acostumbraba a decir, han transformado el recurso de la memoria en espectáculo o bien como la “museización” de nuestra

8 Vgr. la crítica de Alicia Hernández a la ponencia sobre “Interpretaciones...” de Knight, presentada en el Simposio de Historiografía Mexicanista celebrado en Oaxtepec en 1988 y publicado en 1990 por la UNAM.

9 Christopher Hill, *La Revolución Rusa*. Ed. Ariel.



historia sin referentes específicos. De esta manera, la memoria –como el olvido– terminan utilizándose con fines partidistas o ideológicos, negando así la posibilidad de la construcción colectiva del futuro, quedando inmersos en un permanente presente que se nos ofrece fragmentado.

Ahora bien, tanto la Revolución rusa como la mexicana tienen en común la construcción del Estado nación desde el retraso, de ahí la fuerza de la “cuestión nacional” según terminología de Stalin. La construcción del Estado nacional, que ciertamente fue el tema de los historiadores en el siglo XIX y desde luego de los países menos desarrollados en el siglo XX, es sin duda otro de los aspectos que hoy parecen olvidarse. Como bien lo comentara Eric Hobsbawm, el progreso en los estudios sobre el tema del nacionalismo y las naciones puede ser sintomático de que ha dejado su punto más alto. “Dijo Hegel”, escribió este historiador, “que la lechuza de Minerva que lleva la sabiduría levanta el vuelo en el crepúsculo. Es una buena señal, concluía, que en estos momentos esté volando en círculos alrededor de las naciones y el nacionalismo”.<sup>10</sup>

Sin embargo, el olvido del proceso de consolidación de los Estados a partir de los nacionalismos, tanto por el ataque de un cierto neoliberalismo como por la iz-

quierda ortodoxa, ha terminado por privilegiar los intereses que mejor ubicación tienen en el proceso de debilitamiento de los Estados. De ahí también los riesgos de nuestra fragmentación historiográfica y cultural, además por supuesto del ataque a las instituciones (parte de nuestro espíritu de la época, sea de izquierda o de derecha el comentarista, siempre tiene por objetivo al Estado), por lo que mi modesta propuesta de búsqueda de nuevos paradigmas explicativos parte también de la convicción de que el Estado mexicano está, como lo dijera hace algunos años un prestigioso historiador soviético, en la encrucijada de su historia. De ahí el papel que la nueva historia mexicana habría de jugar: ampliar las posibilidades de la memoria más allá de las tradicionales interpretaciones (entre las que se encuentran el “revolucionismo” y el “revisiónismo”), en un proceso que implique no la fragmentación sino la democratización de nuestro pasado.

---

<sup>10</sup> Eric Hobsbawm, “Revolution” en *Revolution in History*, Cambridge University Press, 1986, pp. 5-46.

## Referencias

- Alan Knight, "Interpretaciones recientes de la Revolución mexicana" en *Secuencia* No. 13, enero-abril de 1989. "The Mexican Revolution: Bourgeois? Nationalist? Or just a 'Great Rebellion'?" en *Bulletin of Latin American Research*, Vol. 4, No. 2, 1985, pp. 1-37; y en numerosos trabajos que aún esperan una edición en español: *vgr.* "Land and Society in Revolutionary Mexico: The Destruction of the Great Haciendas" en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Vol.7, No.1. Winter 1991, pp.73-104; "Historical Continuity in Social Movements" en *Popular Movements and Political Change in Mexico* edited by Joe Foeraker & Ann L. Craig, The Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1990; en perspectiva amplia "The Peculiarities of Mexican History: Mexico Compared to Latin America, 1821-1992" *Journal of Latin American Studies*, Vol. 24 Quincentenary Supplement, 1992, pp. 99-144, y desde luego su obra mayor *The Mexican Revolution*, T.I y II, Cambridge Univ. Press, 1986, recientemente publicada en una edición revisada por el autor en Fondo de Cultura Económica.
- Alan Wood, *The Origins of the Russian Revolution, 1861-1917*, Routledge, 3a ed., 2003.
- Christopher Hill, *La Revolución Rusa*. Ed. Ariel.
- Eric Hobsbawm, "Revolution" en *Revolution in History*, Cambridge University Press, 1986.
- Gilbert M. Joseph, y Daniel Nugent, *Everyday forms of State Formation, Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Duke University Press, 1994.
- Guerra y Knight en la polémica iniciada en: *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations*, 38e année, No.2, mars-avril 1983.
- Crítica de Alicia Hernández a la ponencia sobre "Interpretaciones..." de Knight, presentada en el Simposio de Historiografía Mexicanista celebrado en Oaxtepec en 1988 y publicado en 1990 por la UNAM.